

POBLACION, TERRORISMO Y CONFERENCIA

Hugo Oddone (*)

Es sintomático que Iglesia Católica y terrorismo islámico hayan llegado a una coincidencia: ambos se alinean contra las Naciones Unidas y la conferencia sobre Población y Desarrollo en el Cairo.

Según la Iglesia Católica, las Naciones Unidas son instrumentos del "imperialismo de los anticonceptivos", pretenden destruir la familia, cimiento de la sociedad, y la explosión demográfica es un mito. Cuando más población haya más desarrollo y progreso habrá. Los islamitas sencillamente amenazan con terrorismo a todos los que viajen a El Cairo a participar de "la Conferencia del libertinaje", en la cual "se impondrán valores contrarios al Islam".

Hubiera sido útil discutir con pensadores católicos y de otras religiones sus ideas y propuestas sobre población, familia, anticoncepción y progreso. En cambio, discutir contra el fanatismo religioso no es tarea fácil nunca para nadie. Ejemplos históricos abundan y no es bueno traerlos a colación para no agregar elementos que irriten más este debate.

Ahora bien, ¿cuál es el fondo de todo este asunto? ¿Es realmente el aborto, el matrimonio entre homosexuales y lesbianas, la esterilización masiva o el uso coactivo de los anticonceptivos? No lo es. Al menos no lo es en el sentido en que plantean los católicos. Porque en ningún párrafo del documento que se discutirá en El Cairo, las Naciones Unidas hacen un alegato contundente ni encubierto en favor de esas propuestas.

Sí es cierto, en cambio, que hay una posición firme y decidida en favor de la igualdad de la mujer. Y aquí está el punto crítico que preocupa y encoleriza a los fundamentalistas de una y otra religión. El documento de El Cairo es terminante y en este aspecto sí puede decirse que hace una propuesta que implica un nuevo estilo de vida para los países en los umbrales del siglo XXI.

En efecto, la figura de la mujer sumisa, con el rostro cubierto por un velo, recluida en la casa entre la cocina y la costura, responsable única y absoluta de la crianza de un prole numerosa, víctima de mutilaciones genitales para desterrar de ella todo posible disfrute de la sexualidad, puro instrumento de dominación del hombre y de la sociedad organizada, analfabeta, no remunerada y privada de todo derecho político, social, económico y religioso, es reemplazada por un nuevo modelo de mujer.

El documento de El Cairo, propone un conjunto de posiciones que presentan a la mujer pugnando con igual derecho en todas y cada una de las esferas en que el hombre ha predominado históricamente. Salvo la disparidad de sexo, ninguna diferencia es admitida entre hombres y mujeres. Y este es el verdadero enfoque radical y revulsivo para la concepción conservadora y discriminatoria que ha prevalecido en muchas sociedades y en algunas instituciones del mundo que hoy reaccionan alarmadas contra la Conferencia de El Cairo.

Detrás de la supuesta defensa de la familia, de la prédica contra el aborto y contra la

(*) Oficial de Programa del FNUAP.

anticoncepción, se esconde en realidad la vieja tradición de dominación de la mujer. Liberar a la mujer es ponerla en el camino de disponer de su propio destino y de tomar sus propias decisiones. Y como durante tanto tiempo se la ha sometido, "se teme" que, una vez libre de sus cadenas, ella irá por el mal camino del celibato, de la maternidad sin matrimonio, del disfrute sexual sin el compromiso de la maternidad y toda otra serie de perspectivas innovadoras que la imaginación suspicaz del colonialismo sexista puede imaginar.

Es como la metrópolis que alega la inconveniencia de reconocer la independencia a la colonia sometida porque "podría caer en el comunismo". Toda posibilidad positiva, toda presunción constructiva, todo interés en apoyar la independencia con una cooperación enaltecida, que haga crecer al recién independizado por el camino de una mayor autorrealización individual, queda descartada.

El peligro es terrible y reconocer los derechos al sometido siempre implica riesgos para los propios intereses. Aceptar que pueda existir una realidad diversa a la que conocemos histórica y culturalmente, imaginar un cambio que podría afectar nuestra tradición y nuestras doctrinas, que nos han sido tan útiles durante tanto tiempo, puede provocar reacciones francamente insospechadas. Al punto que en esta discusión se han mezclado mentiras, prejuicios y terrorismo político e ideológico: el que no amenaza con bombas, insinúa el fuego eterno.

Pero es comprensible que esta reacción se produzca. Es obvio que no será fácil entrar al siglo XXI con un modelo de mujer distinta, competitiva, activa, creadora, independiente y autosuficiente. Hemos crecido a la sombra de madres míticas, a quienes confinábamos en el seno del hogar reservándoles un papel estereotipado y supuestamente dignificante. Vernos sin la madre cerrada en el ámbito hogareño, es vernos frente a la mujer igualitaria

que, tanto en el hogar como fuera de él, asume un rol diferente, activo y múltiple, en el que ella también interviene en la decisión sobre qué ser y qué hacer.

Una mujer instalada en esta nueva dimensión, significará un cambio sustancial en la organización de la sociedad, en la marcha de la economía, en el manejo de la política, en la dinámica de la población, en la concepción ética de la vida y en la perspectiva del vínculo entre lo humano y lo trascendente.

El problema de la "explosión demográfica" que algunos tildan de falacia inventada por organismos internacionales que "manipulan" las estadísticas demográficas y sociales, no es tanto un problema cuantitativo como de cuestión de equidad de género. Mientras la dinámica demográfica siga basada en una relación de "hijos por mujer", habrá que respetar la decisión de estas señoras que traen los hijos al mundo y preguntarles cuántos desean y comprometerse con ellas en el proceso reproductivo desde la decisión de tenerlos hasta la responsabilidad de mantenerlos.

La verdad es que desde 1950 a hoy, el crecimiento demográfico ha sido fantástico. Hemos crecido en 35 años más que en los 150 años precedentes. La población crece de mil millones cada vez en lapsos más cortos: tardó 123 años en pasar de 1.000 a 2.000 millones, 33 años de 2.000 a 3.000, 14 años de 3.000 a 4.000, 13 años de 4.000 a 5.000 y en sólo 11 años (1987 a 1998) pasará de 5 mil a 6 mil millones. Y este crecimiento ha sido en base a un modelo de mujer sometida, explotada, relegada y discriminada. Nunca se había dado antes a la mujer, la posibilidad de tomar decisiones que incidan y determinen el curso de la dinámica demográfica y de los acontecimientos poblacionales.

El documento de El Cairo lo hace, clara y terminantemente. Este es el quid de la discusión.

Ninguna mente inteligente podría creer que un organismo que representa a los países del mundo y se sustenta en los derechos humanos, pudiera preconizar "el aborto, la esterilización masiva, la disolución de la familia, los matrimonios entre homosexuales, etc.". Lo que sí es posible inferir es que, muchas mentalidades conservadoras, suponen que la igualdad de la mujer que postula Naciones Unidas, traerá todas estas consecuencias funestas. ¿Por qué esta perspectiva aciaga y ninguna esperanzadora?

Porque precisamente en la discriminación hacia la mujer, subyace el concepto ideológico de su inferioridad, sumisión obligada al varón e incapacidad de conducta autónoma, cuando no directamente de su naturaleza proclive a la falta (o "pecado"). De allí que la igualdad de la mujer ("permisividad" dicen los críticos de El Cairo) sea tomada como nociva y se le contrapongan roles tradicionales en los cuales, frente a las libertades, priman las prohibiciones y/o las obligaciones.

Si el punto de partida de la discusión entre católicos y no católicos fuera la aceptación de

la igualdad de la mujer, sobre la base del reconocimiento de una diferencia estrictamente biológica entre los sexos, posiblemente el debate sería mucho más riguroso y serio y haría aportes sustanciosos a un mejoramiento amplio de las propuestas de un programa de acción para los próximos decenios.

En el marco de ese reconocimiento, está claro que nadie jamás imponerle a la mujer ni el aborto, ni la esterilización compulsiva, ni el uso de anticonceptivos dañinos a su salud, ni ningún modelo de familia en el cual ella sea mero instrumento de realización de los demás (marido e hijos) sin perspectivas de ningún tipo para su propio desarrollo personal. Toda la discusión así como hoy se está planteando sobre falsos dilemas en El Cairo, sigue siendo una forma burda de manipular la verdad y de pretender mantener a la mujer escondida tras el velo que oculta su rostro pero también su potencial humano. La verdadera "explosión demográfica" sobrevendrá cuando el 50% de la población mundial, que son las mujeres, comiencen a tomar sus propias decisiones. Más que una explosión, será una revolución.